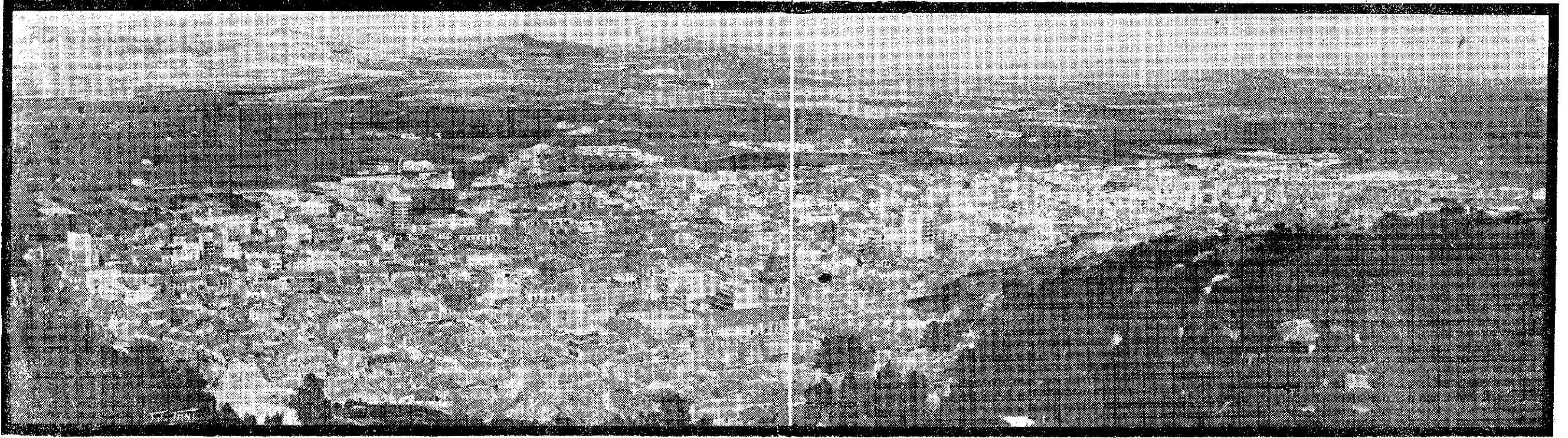


AMBIENTES, TIPOS, PAISAJES



A lo largo de la obra azoriniana y sobre la línea continuada de recuerdos y de alusiones, hemos visto aparecer la ciudad de Yecla, su ambiente, sus tipos y paisajes. En ninguna obra del ilustre escritor ha quedado Yecla tan perfilada y definida como en "La Voluntad". Por lo mismo, hemos insistido anteriormente en destacar la importancia de esta ciudad como pueblo literario, precisamente porque es el pueblo de "La Voluntad". Por encima de todas las ciudades que tienen eco en la obra más interesante de Azorín, se destaca este hermoso pueblo de Murcia en su altura privilegiada de seiscientos metros sobre el nivel del mar.

En esta obra Azorín ha dado la medida espiritual y social de Yecla en los primeros años del siglo. El autor de "Don Inés", ha creado la imagen literaria y humana de la ciudad, y en su invención y creación artística nos ha dejado la leyenda poética y literaria más conmovedora de los últimos años.

Esta Yecla de Azorín es la que hace al viajero entrar en la ciudad con una emoción cordial y romántica semejante a la que sentimos cuando damos vista a las viejas ciudades castellanas.

Si Toledo o Segovia guardan en bellos monumentos un recuerdo emocional y poético, Yecla, como Sorla o Salamanca, ofrece al viajero que la visita el testimonio vivo de una hermosa leyenda literaria y dramática, recogida en el espacio silencioso de sus campos y en la severidad de sus calles rectas y empinadas.

El pueblo de "La Voluntad" es la Yecla que ha creado Azorín. Entre la realidad y la ficción; entre el recuerdo de los años primeros del escritor, y la meditación de su juventud, nació para la historia del arte un pueblo auténtico, que ha ido creando su vida con una independencia tan espontánea que le individualiza y le distingue de todos los pueblos de su geografía cercana.

Es la Yecla de "La Voluntad", una ciudad que vive y vivió de un resto ancestral y primitivo; de su gesto enfático que emite lejanos sonos de la antigua Historia de España. Esta ciudad, que no tiene nada que ver con Murcia, es una nueva expresión del arte literario, tan intensa y tan española como las narraciones pictóricas de Goya.

En el curso de los años, cuando ha cruzado el tiempo medio siglo, la ciudad tiene, como las obras maestras de la pintura o de la escultura, una patina distinguida y emocional. Si el contacto cercano y habitual de los yeclanos les impide ver la ciudad, como los árboles impiden ver el bosque, no ocurre lo mismo a los que vivimos alejados de ella y alguna vez visitamos sus calles y sus campos. Llegando por la zona del Este se va ganando espacio a la altura hasta alcanzar un cielo despejado y luminoso de aire fino y transparente como el de la meseta cercana de la Mancha. Según nos acercamos al paisaje de Azorín, notamos cómo el espíritu se agarra al recuerdo, y un aroma suave, una melodía rítmica nos trae la imagen de una tormentera, de unas nubes o de una cañada con olivos.

Las tierras altas de Murcia que lindan con el término de Yecla se van llenando de estampas azorinianas, y nosotros comenzamos a vivir los años lamentables de "La Voluntad".

Si llegamos a la ciudad al filo de la media noche, en el tiempo del invierno, parece que las casas son como entonces, y una ventana iluminada del colegio, el canto estridente de un gallo madrugador, o el labriego en su capa parada, nos recuerda la escena más exaltada de la leyenda literaria.

Si se espera al amanecer, comienza de nuevo la historia de "La Voluntad", y el espíritu de Azorín nos habla de una campaña que suena a lo lejos, pausada, melancólica... y se ve la niebla extendiéndose en larga pincelada

blanca sobre el campo. Y en el amoroso concierto de voces agudas, graves, chirriantes, metálicas, confusas, imperceptibles, sonoras todos los gallos de la ciudad dormida cantan.

Cuando visitamos una casa yeclana con su chimenea de ancha campana con sus poyos bajos sobre los cuales unos armarios guardan "apropiado menaje", parece que vamos a oír la melopea triste del padre Yuste, y van a aparecer los ojos abiertos de Justina, tan rubia y tan sensible. En el silencio de la noche, o en las horas primeras de la mañana, cuando la ciudad de Yecla aún duerme, todo tiene el encanto y la atracción del tiempo pasado. En las casas silenciosas, a estas horas, deben estar preparándose para el nuevo día los tipos de Azorín...

Yecla ha roto con el tiempo de "La Voluntad". El pueblo de hoy estos días que corre se ha transformado. La ciudad, adusta, se desvanece cuando comienza la actividad del pueblo. Las cosas no son como antes, el alma y el espíritu de sus habitantes han contravenido el espíritu del pueblo de "La Voluntad". El pueblo de hoy se afana y trabaja; lleva un ritmo ligero y actual de negocio y compraventa; realmente para mucha gente de los yeclanos de ahora "es tarde" de verdad, y la prisa desdibuja el paisaje antiguo.

Sin embargo, a la hora del atardecer, en las afueras de la ciudad, en el camino de Almansa y de Caudete, o en la vega yeclana, hay algo esencial y misterioso que ayuda a recrear y a admirar el ambiente del pueblo que describió Azorín años antes.

La paz serena de la tarde, el color de los banceales y el cielo azul, es igual que hace cincuenta años. Las mismas nubes rojizas, los mismos montes en la lejanía, la altura del castillo y el campanario de la Iglesia Vieja, son estampas que recordó el escritor Azorín en su cuarto de la calle de Relatores en Madrid.

La naturaleza está igual, los edificios son un poco más viejos, y la luz que va dando entrada a la noche y matiza de color los sembrados y los banceales es la misma del pasado. El marco de la obra azoriniana se mantiene fiel, sólo el hombre ha cambiado, y algún edificio en el arranque de la calle de San Francisco es de un cubismo anodino y vulgar. En la noche renace Azorín, y vuelve misteriosa la imagen del pasado a poner en el silencio de las horas, un respeto emocionado al tiempo y a la tradición.

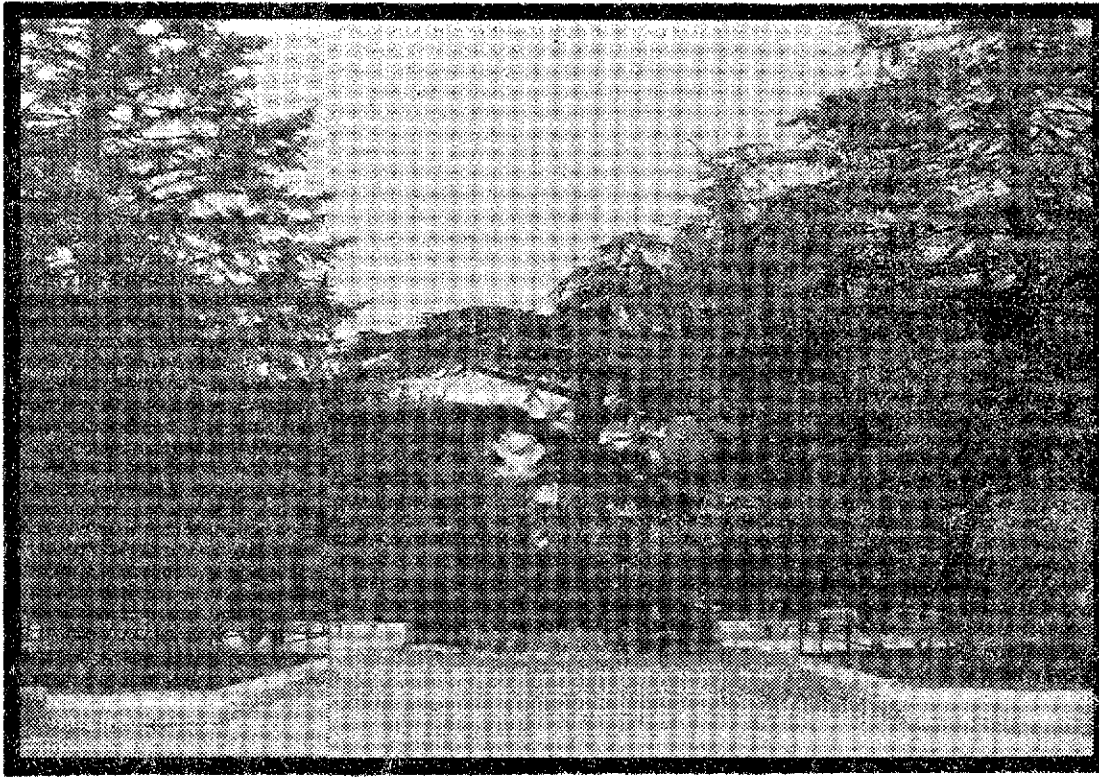
Perdida la gente, el pueblo es una realidad literaria; y un latido de "La Voluntad"; por sus calles empinadas y tiradas a cordel vamos dando con las casas de la aristocracia yeclana, destacadas en el conjunto de los edificios de poca altura. El pueblo es de poca altura. El pueblo es de poca altura. El pueblo es de poca altura.

Y es el mismo Azorín el que nos muestra los personajes que nacieron del concurso de esta ciudad inolvidable —su mundo de emociones más intensas— donde tanto ha lamentado el paso del tiempo y las horas perdidas.

Vivir en Yecla con Azorín es volver de nuevo al pasado, y lamentar con el maestro Yeste la pérdida de la antigua Yecla, y las pintorescas especeras colgadas en los zaguanes, y el ramo antiguo, las azucenas, y las rosas de hierro forjado convertidas en un soporte sin valor artístico. Vivir en Yecla es lamentar también el triste final de Antonio Azorín, arruinado intelectualmente, casado sin ilusión con una mujer llena de vitalidad y de carácter que no le entiende, mientras recuerda los días de ilusión y de juventud con Justina.

Los tipos yeclanos de la obra azoriniana oscilan entre la violencia y la mansedumbre, en-

La ciudad de Azorín ha sido cantada por numerosos escritores. Uno de ellos, Antonio de Hoyos, profesor de la Universidad de Murcia, escribió hace tiempo un libro justamente titulado "Yecla de Azorín", del que reproducimos el capítulo "Ambiente, tipos, paisaje".



tre la sabiduría y la pobreza espiritual. Con nombre de Yecla, ha creado Azorín caracteres opuestos de intimidad humana y de modos de ser; tipos de una gran energía como Iluminada y Piche; enfermos del espíritu y de la voluntad como Antonio Azorín; ingenuos regeneradores como Pedro, Juan y Pablo; almas bondadosas como la de Justina y el padre Lasalde; hombres del pueblo curiosos como Quijano, el inventor del toxiro, o con aire de caballeros antiguos, como Menchirón. Tipos que hemos visto cambiar y transformarse dentro de una trayectoria moral, mostrando al mismo tiempo la continuidad del carácter que les creó su autor.

Con ellos y con el pueblo de oro, ha ido Azorín dándonos una imagen real y literaria de la vida y de los habitantes de la ciudad, en la que el pueblo, como en la antigua tragedia griega, ha vestido según la circunstancia de los

personajes que ha representado, en forma de conciencia general, viviendo la zona intermedia de sus protagonistas.

En la intimidad solitaria de una casa antigua han intervenido los principales agonistas. Hemos oído conversar al padre Lasalde sobre la eternidad y la permanencia de la sustancia universal, mientras, Antonio Azorín, escéptico, ha pensado que el tiempo no puede ser eterno. Hemos oído al viejo clérigo Puche decir que la vida es triste, el dolor eterno, y el mal implacable en un monólogo de ejemplar pesimismo, con temas de la muerte que recuerdan cuadros de Brueghel, del Bosco y de Solana, y la tristeza de los caballeros que pintó el Greco. Y hemos oído también la voz humilde de la pobre Justina, pidiendo la misericordia de Dios, la pobreza de la Orden y la compañía de las hermanas, separada del mundo por voluntad del clérigo Puche, para que el espíritu de Antonio

Azorín se haga más concentrado y taciturno, después de haber perdido para siempre el gran amor de su vida.

Solitaria en su celda de blancas paredes con una ventana al patio, este tipo romántico siente una gran tristeza, siente un intimo desconsuelo. Y su cara está cada vez más blanca y sus manos más transparentes. Mientras, en la ciudad suenan gritos largos, plañideros, tiernos, melancólicos. Justina está definitivamente encerrada en el convento, y Antonio Azorín medita a solas en su cuarto. El no puede apartar de su recuerdo la imagen de Justina; la ve a cada momento, ve su cara pálida, sus grandes ojos, su manto negro que flota ligeramente al andar; y cuando la dulce esposa del Señor franquea las puertas de la Gloria, Antonio Azorín se marcha a Madrid, y su voluntad enferma se disgrega en este espectáculo de vanidad y miserias.

Atrás queda el pueblo de "La Voluntad", los campesinos, los labriegos que forman coro con los carpinteros y artesanos en las fiestas de la Semana Santa y cantan en las madrugadas salmodias y melopeas monótonas y tristes.

Un pesimismo literario ha dado expresión novelesca a estos personajes de Azorín, nacidos entre la realidad de la vida recordada y una creación de arte nuevo que explica y determina algo así como la historia sentimental y sensitiva de nuestro escritor, que le hace exclamar: ¡Yo amo a Yecla, a este buen pueblo de labriegos... que tienen la fe de los antiguos místicos!

Los personajes inventados con el apoyo del ambiente del pueblo se han visto envueltos en la dilatada zona natural de las tierras que han prestado una dulce intimidad a la Yecla de Azorín. La naturaleza que rodea el pueblo de "La Voluntad" ha enseñado a Azorín el secreto del alma de sus vecinos.

Las tierras del Levante español y de la provincia de Murcia, oscilan entre zonas secas y polvorientas con campos de labrantía y montes en los que crece el romero, el tomillo y el catuoso, y huertos blandos en los cuales la vegetación es floreciente y base de la economía de sus pueblos.

En Yecla, sus tierras altas son casi todas de secano, y una huerta pequeña se extiende de Este a Oeste en la zona norte de la ciudad, donde crece el albaricoquero, el almendro y las higueras. Completan la geografía económica de la agricultura las grandes plantaciones de viñedos y olivos, constituyendo su mayor riqueza.

Esta variedad del cultivo y de terrenos da un carácter variado a sus alrededores, y es curioso observar el contraste de sus tierras y la diversidad de color en zonas muy cercanas.

Semejante ambiente, e idéntico color, puede observarse en las cercanías de Yecla, destacándose el paisaje entre todas las zonas que forma la provincia de Murcia.

Hasta la época de Azorín, este hermoso paisaje que alberga el tema dramático de "La Voluntad", y que sentó un nuevo principio estético a la sensibilidad azoriniana, estaba inédito. El mismo Azorín fue estimulado a darle expresión y forma literaria, después que publicase Baroja «Vidas Sombrias». Acostumbrado Azorín a un ámbito circunscrito, conocido, sentido en todos sus pormenores, limitado, en el cual la misma limitación parecía dar, según creía Azorín, un conocimiento de la vida más profundo que el que se pudiera percatar con horizontes más amplios, en áreas más espaciales, con cielos más resplandecientes, el horizonte de Yecla fue comienzo de esta estética azoriniana que había de emplear más tarde cuando le llegase a lo más hondo de su meditación el poder y la atracción de la lejanía.

La limitación barojiana que dejó absorto al ilustre escritor fue la revelación para ir construyendo el fondo de «La Voluntad», y para dar al paisaje de esta Yecla eterna en la literatura española, la grandeza de sus hombres y el drama de sus vidas.

Prente al Pupillo, descubrió Azorín la gran llanura yeclana, y sus amplios cuadros de vifas, las dilatadas piezas de sembradura, y los olivos extendidos en la lejanía, simétricos, uniformes y grises. Perdida en el llano infinito escribe Azorín, aparece de cuando en cuando una casa de labor; las yuntas caminan tardas, en la lejanía, rasgando en paralelas huellas de la tierra negruzca...

En los días grises del otoño, o en marzo, cuando el invierno finaliza, se siente en esta planada silenciosa el espíritu austero de la España clásica, de los místicos inflexibles, de los capitanes tetrícos —como Alba—; de los pintores tormentarios —como Theodorópoulo—; de las almas tumultuosas y desasosegadas —como Palafox, Teresa de Jesús, Larra...

El cielo es ceniciento; la tierra es negruzca, lomas rojizas, lomas grises, remotas siluetas azules cierran el horizonte. El viento ruge a intervalos. El silencio es solemne. Y la llanura solitaria, tétrica, suscita las meditaciones desoladoras, los éxtasis, los raptos, los anonadamientos de la fe ardiente.

Esta tierra de Yecla, desconocida de tantos murcianos, la ha hecho Azorín, como la literatura ha hecho Castilla, y ha servido para que los moradores de «La Voluntad» tengan una psicología acorde entre el clima y el carácter, entre la alimentación y el espíritu.

En el campo del Pupillo, como en las tierras de Madrigal de las Altas Torres, ha meditado nuestro Azorín sobre el pastor milenar, sobre el paisaje limpio y diáfano que se refleja de un modo profundo en los maravillosamente diáfanos y limpios romances que han creado, hace siglos, el pueblo y los poetas.

Y frente a las lomas de las Moratillas ha recreado el alma y el carácter del labrador manchego, y ha dejado, para recreo del espíritu, firme y fijo el paisaje inédito de las tierras altas de Murcia. Hoy como entonces, las lomas de las Moratillas corren onduladas a la derecha, destacando en el cielo sus mallas y picachos, hasta sumirse en suave declive en el llano. Adentro, en la inmensa profundidad del horizonte, la leve pincelada blanca de la niebla. Y a través de la niebla, al pie de un cerro, la microscópica silueta de una cúpula destella imperceptible. Luego, cerrado el claro abierto, la montaña recomienza brava sus corcovos.

En las Moratillas, grandes rascos rojos descienden de la cumbre hasta los recuestos tapizados de atochas. Sobre el lomo ondulante, a la otra banda destacada, festoneada de pinos. Los puntitos negros se esparcen claros, se apelotonan en densas manchas, resaltan sobre el perfil en pequenitos centelleos.

El aire es vivo y transparente. En la lejanía el cielo cobra tonos de verde pálido. El mediodía llega. La mancha gris de los olivos se esclarece; el verde oscuro de los sembrados se torna verde claro; suavemente se disgrega la niebla. La cúpula, en la remota hondonada, irradia luminosa como un diamante...

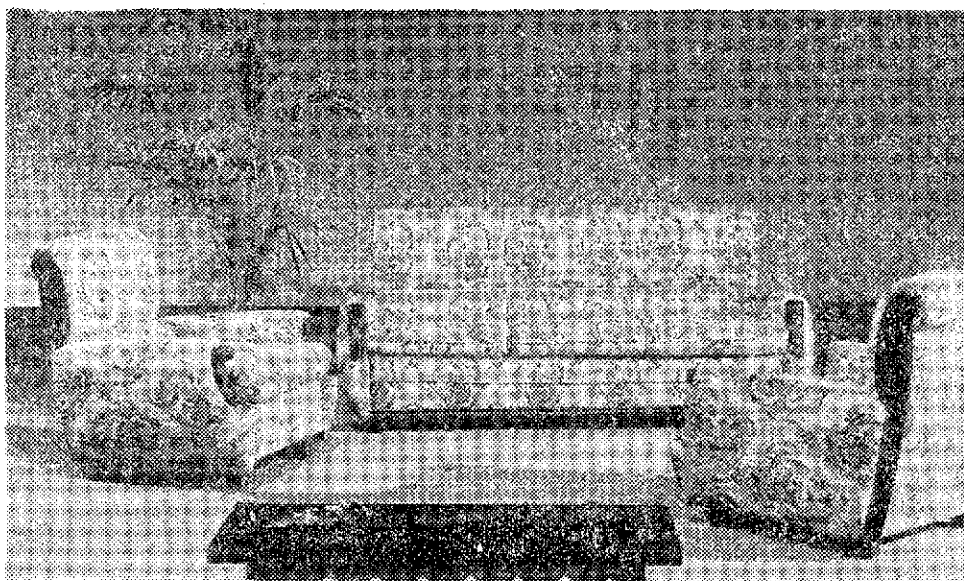
Las páginas azorinianas nos hablan de un paisaje que revela un tono peculiar de vida, y estas tierras que protegen la ciudad tienen una estrecha afinidad con el espíritu de Antonio Azorín, con el clérigo Puche, con la dulce Justina y con el caballero Menchirón.

Otro paisaje que ha influido gratamente en la vida de Martínez Ruiz, ha quedado aprisionado en una bella página de «Las confesiones de un pequeño filósofo». Es éste un paisaje cerrado, sin lejanos horizontes, lleno de pequeñas cosas, de parcelas de tierras, de árboles y banceales cubiertos de hortalizas y de matas de colores; un paisaje verde suave, en el que la fresca y clara alfombra se extiende hasta las ligeras colinas de los cerros rojizos que cierran el horizonte, cuadros negruzcos de hortalizas y herrenas ensambian con verde hazas de sembradura, y en el cual los azarbes se deslizan cubrebando plétóricos de agua clara y murmuradora, entre las lindes; acá y allá un almendro de tronco retorcido, una noguera secular y rotunda, destacan su nota alegre. A la izquierda se ve el bosque de la alameda, tupido, negro; a la derecha, la carretera, blanca y recta, sube un largo declive y desaparece en lo alto de un terreno. Este es el paisaje que Azorín ha visto tantos días consecutivos desde el colegio de los Escolapios, y que tanto ha contribuido a hacerle amar la naturaleza. El paisaje inolvidable de todo su tiempo de escritor, y el apoyo más esencial para juzgar el otro tipo ancho y lejano de los paisajes de Castilla y de la Mancha que tanto tiempo y tantas páginas le ha dedicado nuestro autor.



TAPIZADOS EPICO, S. L.

CREACIONES DE MODELOS



CARRERA DE VALENCIA, S/N. — TELEFONO 190913 — APARTADO 48
YECLA (Murcia)